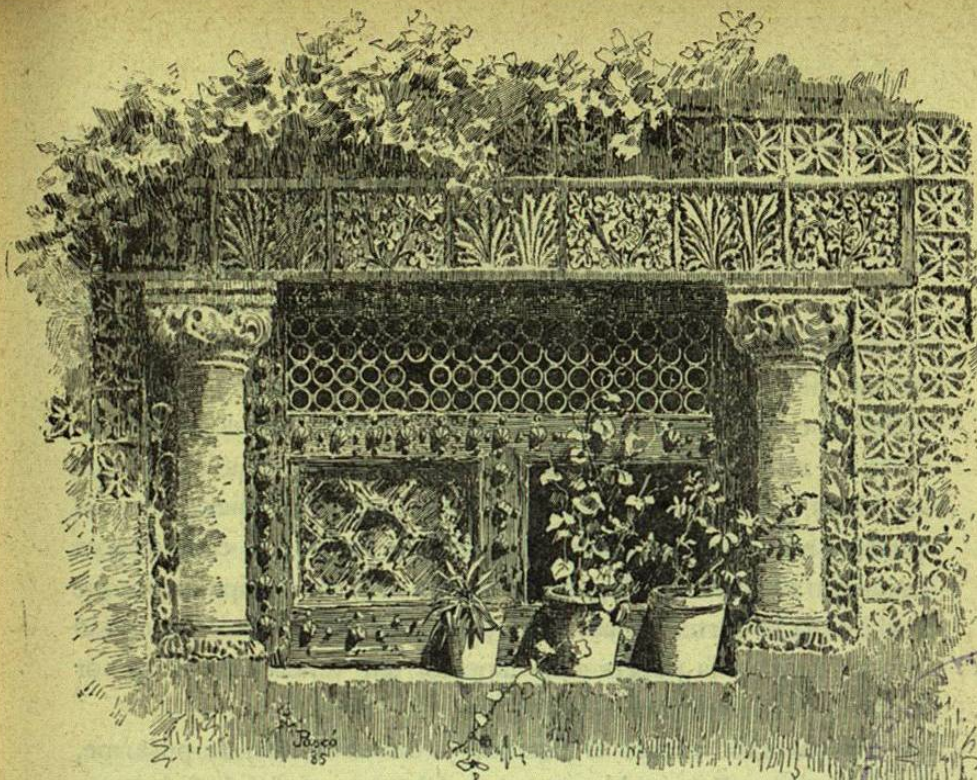


Asustada la pobre niña, se quedó hecha una estatua de hielo: la botella se fué toda en borbotones de espuma, sin que conservara una sola gota del estomacal brebaje de Bremen; y cuando á la puerta de la posada, de la cual salí tan en ayunas como había entrado, tomaba mi tílbury y pagaba á la posadera mi hostalaje, la comida de mi cochero y el pienso dado al caballo, supe con sentimiento que aquella delicada criatura no había comido de pesadumbre. Seguramente no nació ella para las rudas campañas de la vida de posadera.



## CAPÍTULO XXVIII

Mués: San Gregorio Ostiense.—Sarlada.—Acedo.—Montemuru.—Abárzuza.—  
Ruinas del monasterio de Iranzu.—Villanueva.—Muez y la gran batalla.—  
Salinas de Oro.

EL trayecto de Losarcos á Mués fué breve: ya divisaba yo desde antes de llegar á la falda de la montaña que sirve de asiento á la basílica de San Gregorio Ostiense, la mole majestuosa de este célebre santuario descollando en su cima y dorada por los rayos del sol poniente. Arrebolados celajes anunciaban para antes de hora y media un ocaso tan espléndido y rico de matices como suelen serlo todos los de otoño en estos valles navarros. En un casucho de la humilde hilera de cons-

trucciones pegadas al corte perpendicular hecho en la montaña para abrir calle, donde dos mujeres que habían salido á la puerta al ruido de mi carricoche me brindaron hospitalidad, dejé el vehículo y el cochero, con orden á éste de que antes de caer la noche emprendiese á pié la subida al santuario llevando mi maleta y mi capa, y luégo se volviese á su hospedaje á cuidar del caballo, cenar y acostarse. Calculaba yo invertir cosa de una hora en una rápida ojeada á lo que hubiese de más interesante en Mués, y hacer en seguida, guiado por cualquier mozo del pueblo, mi ascensión á San Gregorio, de modo que estuviera ya instalado allí cuando llegase mi auriga con mi equipaje: porque reclamaba la cortesía que no se presentase de sopetón mi criado con su carga á la puerta del capellán sin tener éste el menor anuncio de mi visita.

No me salió exacto el cálculo, y de ello hubo de pesarme, como voy á referir.—Al entrar en el lugar, me fuí derechamente á la iglesia, en cuyo pretil espacioso, aseado como los de todas las parroquias de esta tierra, me encontré con un hombre entrado en años, gordo y de algo menos que regular estatura, que desde luego me pareció, por su aspecto y traje, de clase superior á la ordinaria de aquel pequeño vecindario, pues contrastaban su americana de tela cruda, su gorra escocesa y sus botas de becerro, que aún conservaban restos del primer betún, con la chaqueta corta, la boina y las alpargatas de la gente común del país.

—¿Es usted el sacristán de esta parroquia?—le pregunté, acercándome á él, con tono afable.

—No señor—me respondió algo desdeñoso.

—Acaso el médico, ó el boticario...

Antes de contestarme, me miró un rato de piés á cabeza.

—Tampoco: soy el profesor de instrucción primaria del pueblo.

—Sea por muchos años, y con incremento. ¡Cuánto lo celebro! Desearía adquirir algunos datos—continué, sacando del

bolsillo mi libro de apuntes:—y si su bondad de usted me lo permitiera...

—Pregunte usted lo que guste—me dijo el pedagogo ya humanizado.

Eché una mirada á la mole de piedra arenisca rojiza, robusta torre cuadrangular de la iglesia, que nada de notable ofrece: detúveme luégo un instante á examinar la portada de mediodía, que bajo un pórtico greco romano del siglo pasado, presenta una puerta en arco muy sencilla, la cual, habiendo sido en su construcción primitiva de estilo románico, fué sin duda alguna retocada cuando se hizo el pórtico, según lo dan claramente á conocer los capiteles reformados de las columnillas que sostienen la archivolta; y aferrando el picaporte,

—¿Se puede entrar á estas horas?—pregunté.

El maestro me abrió la puerta: penetré en el templo, tomé el agua bendita, y advirtiéndome que estaba todo pintarrajeado de arriba abajo, sin pararme á escudriñar vestigios de interés para el arte, salí aceleradamente sacando en la retina toda una babel de colorines y chafarrinones.

—¿Qué advocación lleva esta iglesia?

—*Santa Eufemia*, virgen y mártir. Otros la llaman *Santa Eugenia*.

—¿No hay iglesia ó ermita más antigua en el lugar?

—Dos ermitas hay, *Nuestra Señora de la Cuesta* y *Santa Teodosia*, pero no tiene usted tiempo de ir á ellas si ha de subir antes de anoecer á *San Gregorio*, que es lo que tiene más que ver. Aquí cerquita está sin embargo la basílica de *la Magdalena*, cerrada hace ya muchos años... que dicen es cosa de mérito.

—Vamos allá.

—No se ve más que por de fuera. Sígame usted, yo le serviré de guía: no tengo esta tarde nada que hacer.

Condújome el maestro de escuela, con paso medurado y digno, por unas huertas á lo largo del camino, desandando el

que me había llevado á la iglesia, y me mostró, medio oculta entre unos raquíticos olivos, la pequeña ermita ó basílica de *la Magdalena*: linda construcción románica de buenas proporciones y gran sencillez, sin más ornato que unas graciosas cenefas de hojas y lazos delicadamente esculpidas en su portadita de arco levemente apuntado, marcando como época segura de su edificación las postrimerías del siglo XII, á pesar de la perfecta integridad de su conjunto, todo de sillarejo calcáreo amarillento sin el menor descantillado en ninguna de sus aristas. Tiene un ábside semicircular, sin ventanas ni arcos ornamentales, iluminado en lo interior por angostos tragaluces á modo de aspilleras, y aunque el edificio parece intacto, todo es desolación y abandono, todo maleza y selvaticidad en su contorno.

—Aquí tiene usted un templo convertido en pajar. El Estado lo vendió á su actual dueño por la miseria de sesenta duros.... Desde el siglo pasado estaba cerrado al culto. Dícese por tradición que fué Capilla Real, donada por el rey D. Sancho II de Navarra al monasterio de Hirache. Tenía entonces su término demarcado, y de todas las heredades de pan llevar y viñedo que en él se comprendían, percibía el monasterio los diezmos y primicias.

—Si esta ermita ó basílica existía ya en tiempo de Sancho II, es decir, en el primer tercio del siglo X, otra sería su arquitectura, porque la actual no corresponde con la época de aquel augusto caballero.

—De eso no entiendo yo. Pero vamos, si á usted le parece, á hablar con el señor abad, que hacia esta hora suele todas las tardes volver de paseo con su amigo el de Sorlada, y él le enterará á usted de todas estas antigüedades.

Accedí gustoso, y emprendimos camino arriba en busca de los dos abades. Mientras íbamos andando, siempre despacio porque mi acompañante era gordo y linfático, juzgó éste oportuno amenizar nuestro diálogo contándome lo que tenía aprendido sobre las antiguas memorias del valle de la Berrueza.

—No lejos de aquí—me dijo—está el término de los Paliñares, de donde en el siglo pasado se sacaron removiendo la tierra antigüedades de gran extrañeza. Hubo viñas y piezas de pan traer de las cuales se extrajeron á expuestas monedas de plata y cobre, que decían sujetos que las vieron, ser de tiempos antiquísimos. Aparecieron allí también muchas figuras de ídolos, de bulto, unos de cuarta y otros de tercia de altura, y muchas cabezas de otras divinidades, todo de metal desconocido y extraordinario. Según noticias, se apoderó de aquellos objetos don Mauricio de Ichandi, protomédico que fué de este reino de Navarra, el cual los colocó en el gabinete de historia natural que tenía en Vitoria el marqués de Montehermoso (1).

Otras muchas cosas me fué refiriendo, entre las cuales salieron á luz especies que tenía yo ya adquiridas de los libros y manuscritos que había consultado antes de mi segundo viaje por Navarra, como los descubrimientos de mosaicos romanos que se habían verificado en el mismo término de los Paliñares, y los sucesos históricos de que el valle había sido teatro en el siglo XIV, cuando éste, en unión con los de Ega y Lana, solicitó, y obtuvo de los enviados del rey D. Felipe de Navarra, Esteban Borret y Guichard de Marzi, levantar una población en el paraje denominado *San Cristóbal de la Berrueza* para ponerse á cubierto de las incursiones y tropelías que sufrían de los castellanos, cuya frontera sólo distaba media legua de los valles.—De

(1) Tengo entendido que la colección del marqués de Montehermoso de que me hablaba el maestro de escuela de Mués, pasó á poder del señor conde de Ezpeleta, quien pocos meses antes de su sensible fallecimiento, tuvo la amabilidad de enseñarme en su casa de Pamplona objetos procedentes de aquella. Supongo que algunos de estos objetos, no todos idolillos, ya tan comunes en análogas colecciones, sino de uso profano—entre los cuales sobresalía por su bello estilo una escena venatoria, de preciosas figurillas de unos 10 ó 12 centímetros de altura—serían acaso de los encontrados en el valle de la Berrueza.—En el riquísimo monetario del mismo señor conde de Ezpeleta habrán probablemente obtenido su clasificación las monedas halladas en los Paliñares, que según las informaciones remitidas á la Academia de la Historia á fines del pasado siglo, con destino á la formación del Diccionario geográfico-histórico de España, eran no *antiquísimas*, sino de la época de Constantino.

que me había llevado á la iglesia, y me mostró, medio oculta entre unos raquíticos olivos, la pequeña ermita ó basílica de *la Magdalena*: linda construcción románica de buenas proporciones y gran sencillez, sin más ornato que unas graciosas cenefas de hojas y lazos delicadamente esculpidas en su portadita de arco levemente apuntado, marcando como época segura de su edificación las postrimerías del siglo XII, á pesar de la perfecta integridad de su conjunto, todo de sillarejo calcáreo amarillento sin el menor descantillado en ninguna de sus aristas. Tiene un ábside semicircular, sin ventanas ni arcos ornamentales, iluminado en lo interior por angostos tragaluces á modo de aspilleras, y aunque el edificio parece intacto, todo es desolación y abandono, todo maleza y selvaticidad en su contorno.

—Aquí tiene usted un templo convertido en pajar. El Estado lo vendió á su actual dueño por la miseria de sesenta duros.... Desde el siglo pasado estaba cerrado al culto. Dícese por tradición que fué Capilla Real, donada por el rey D. Sancho II de Navarra al monasterio de Hirache. Tenía entonces su término demarcado, y de todas las heredades de pan llevar y viñedo que en él se comprendían, percibía el monasterio los diezmos y primicias.

—Si esta ermita ó basílica existía ya en tiempo de Sancho II, es decir, en el primer tercio del siglo X, otra sería su arquitectura, porque la actual no corresponde con la época de aquel augusto caballero.

—De eso no entiendo yo. Pero vamos, si á usted le parece, á hablar con el señor abad, que hacia esta hora suele todas las tardes volver de paseo con su amigo el de Sorlada, y él le enterará á usted de todas estas antigüedades.

Accedí gustoso, y emprendimos camino arriba en busca de los dos abades. Mientras íbamos andando, siempre despacio porque mi acompañante era gordo y linfático, juzgó éste oportuno amenizar nuestro diálogo contándome lo que tenía aprendido sobre las antiguas memorias del valle de la Berrueza.

—No lejos de aquí—me dijo—está el término de los Paliñares, de donde en el siglo pasado se sacaron removiendo la tierra antigüedades de gran extrañeza. Hubo viñas y piezas de pan traer de las cuales se extrajeron á expuertas monedas de plata y cobre, que decían sujetos que las vieron, ser de tiempos antiquísimos. Aparecieron allí también muchas figuras de ídolos, de bulto, unos de cuarta y otros de tercia de altura, y muchas cabezas de otras divinidades, todo de metal desconocido y extraordinario. Según noticias, se apoderó de aquellos objetos don Mauricio de Ichandi, protoméico que fué de este reino de Navarra, el cual los colocó en el gabinete de historia natural que tenía en Vitoria el marqués de Montehermoso (1).

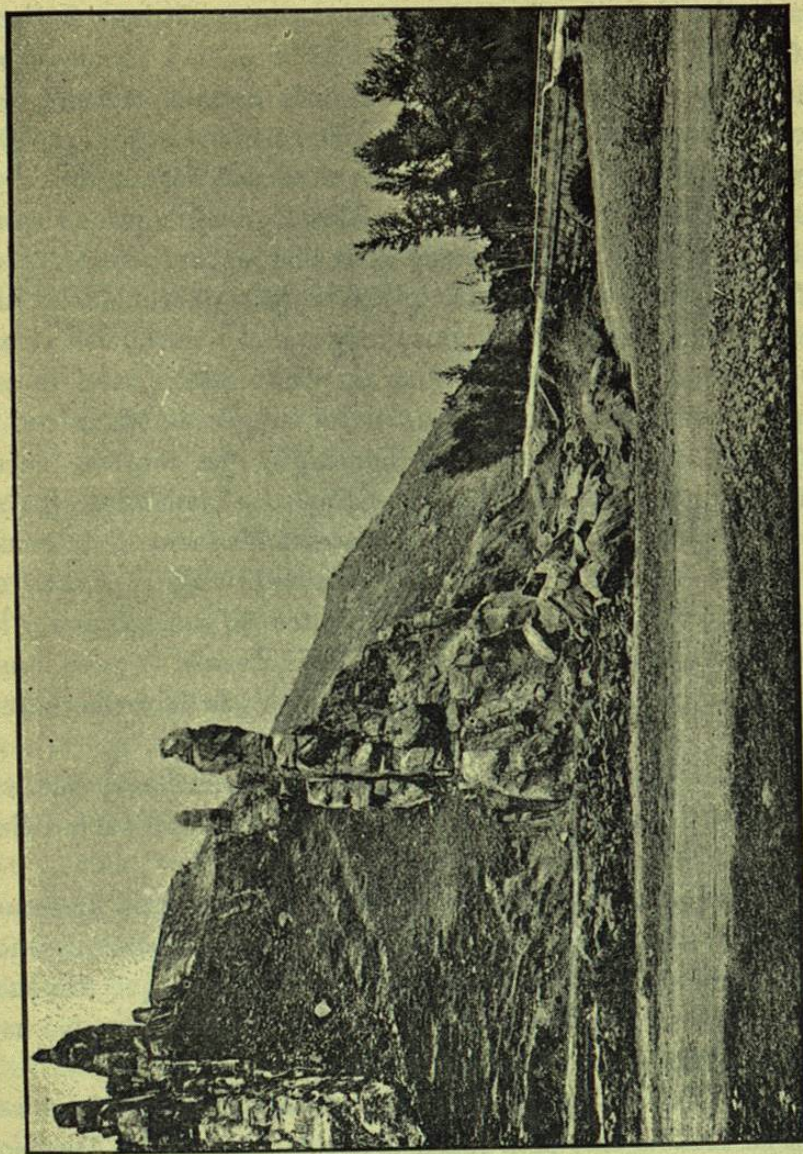
Otras muchas cosas me fué refiriendo, entre las cuales sa-lieron á luz especies que tenía yo ya adquiridas de los libros y manuscritos que había consultado antes de mi segundo viaje por Navarra, como los descubrimientos de mosaicos romanos que se habían verificado en el mismo término de los Paliñares, y los sucesos históricos de que el valle había sido teatro en el siglo XIV, cuando éste, en unión con los de Ega y Lana, solicitó, y obtuvo de los enviados del rey D. Felipe de Navarra, Esteban Borret y Guichard de Marzi, levantar una población en el paraje denominado *San Cristóbal de la Berrueza* para ponerse á cubierto de las incursiones y tropelías que sufrían de los castellanos, cuya frontera sólo distaba media legua de los valles.—De

(1) Tengo entendido que la colección del marqués de Montehermoso de que me hablaba el maestro de escuela de Mués, pasó á poder del señor conde de Ezpeleta, quien pocos meses antes de su sensible fallecimiento, tuvo la amabilidad de enseñarme en su casa de Pamplona objetos procedentes de aquella. Supongo que algunos de estos objetos, no todos idolillos, ya tan comunes en análogas colecciones, sino de uso profano—entre los cuales sobresalía por su bello estilo una escena venatoria, de preciosas figurillas de unos 10 ó 12 centímetros de altura—serían acaso de los encontrados en el valle de la Berrueza.—En el riquísimo monetario del mismo señor conde de Ezpeleta habrán probablemente obtenido su clasificación las monedas halladas en los Paliñares, que según las informaciones remitidas á la Academia de la Historia á fines del pasado siglo, con destino á la formación del Diccionario geográfico-histórico de España, eran no *antiquísimas*, sino de la época de Constantino.

estas cosas tenía yo conocimiento, pero las especies habían llegado abultadas á los oídos de mi *cicerone*: las monedas encontradas en los Paliñares quizá no habían subido á ciento; el metal extraordinario de que estaban labrados los idolillos y estatuillas, no era más ni menos que bronce común; la población de San Cristóbal de la Berrueza, erigida por autorización de los dos enviados de Felipe el Luengo para la reformatión del reino en 1317, fué meramente una casa fuerte con un par de molinos, ya destruidos en 1511 y convertidos en páramos, que, como simples heredades, pasaron á poder de Mosén Charles de Mauleón, señor de Rada.— Sobre ello discutimos un poco el maestro y yo, y al discutir hacíamos nuestras paradas, y parándonos, iba insensiblemente pasando el tiempo...

Y á todo esto ya nos habíamos alejado mucho del lugar; y de los dos señores abades á cuyo encuentro íbamos, ni por asomo se divisaba apariencia alguna en cuanto carretera abarcaba la vista.

El sol se iba hundiendo en el golfo de oro y carmín del ocaso: la sombra iba invadiendo todo el valle, y temía yo que aquel rodeo en busca del párroco de Mués me hiciese perder el tiempo necesario para subir á San Gregorio, á cuya eminencia me sentía atraído por la magnífica veladura de líquida purpurina con que aún la bañaba el sol. Acabábamos de entrar en un desfiladero que la incierta luz del crepúsculo hacía imponente. El camino por donde me llevaba mi guía, continuación del que había traído yo desde Losarcos, se dirige á Acedo, donde se junta con la carretera que conduce de Estella á Santa Cruz de Campezo; seguíamos el curso del Odrón, corriente arriba, y nos hallábamos en un boquete sombrío, abierto por las aguas sabe Dios en qué época, presentando á nuestra mano derecha una alta barrera, fimbria despedazada y majestuosa de la montaña en cuya cúspide asienta el célebre santuario, y á la izquierda el río, estrechado por las alturas que separan la Berrueza del valle de Aguilar. Lleva aquel boquete ó desfiladero el nombre de *portilla del Congosto*, y el aspecto que ofrece al caer la noche es



NAVARRA

MUÉS.—EL CONGOSTO

sobremanera fantástico. La montaña arenisca que forma el valladar del lado derecho, con la acción del tiempo y de las lluvias se ha ido cortando en grandes masas verticales y horizontales que, combinándose accidentalmente en mil formas caprichosas, han venido á producir las más extrañas figuras. Hay siete ú ocho de aquellas inmensas lajas, más ó menos agrupadas unas con otras, que parecen desde el camino descomunales vigas y monstruosos ídolos suspendidos á grande altura, ó caríatides y telamones medio gastados de una ingente columnata ciclópea, á los cuales presta acción la fantasía conmovida del medroso viandante, y misterioso lenguaje el susurrar del viento encauzado en el desfiladero. Una de ellas, contemplada de cerca, reviste la apariencia de una colosal imagen de María con el niño Dios en brazos, y hasta se figurará el que conserve en su mente impresiones de la estatuaria mística italiana de los siglos XIII y XIV, ver en ella una gigantesca Madonna de la escuela sienesa ó pisana, por la emergencia de la cadera (*fianco*) en que estriba el peso del cuerpo.—Dentro de esa solitaria y lóbrega garganta — observaba yo al salir de ella — puede muy fácilmente un pasajero ser asaltado por un par de malhechores, y muerto, y su cadáver arrojado al río...

Cuando advertí que la noche se nos venía encima, y que, entregándome á estas contemplaciones, me exponía á subir á San Gregorio demasiado tarde,

—Amigo mío—dije bruscamente al buen maestro de escuela—mucho siento quedarme con el deseo de conocer al señor abad de Mués, pero tengo ya pocos minutos de qué disponer para llegar al santuario antes de que cierre la noche. No hay más remedio que retroceder.

—El caso es—observa él—que no hay ya tiempo de volver á pasar el Congosto para tomar la subida desde Mués. Tenemos que emprenderla desde aquí.

—¡Hombre, me ha hundido usted! ¿Conoce usted al menos el camino?

—Nunca por este lado he subido á San Gregorio; pero por todas partes se va á Roma.

Diciendo y haciendo, echa á andar mi hombre por un atajo tan escabroso y lleno de atrancos, que de todas veras empecé á renegar de la hora en que me dejé conducir por semejante guía. Llevábame por una trocha sólo tolerable á gente rústica y montaraz, acostumbrada á andar como las cabras por todas partes: íbamos subiendo por entre grietas profundas y peligrosos lastrones, medio ocultos en la silvestre maleza, hacia un espeso encinar de no muy halagüeño acceso á la hora en que nos hallábamos. Fea perspectiva tenía yo á la vista; mas pareció sonreírnos la fortuna trayéndonos de manos á boca al deseado abad de Mués, que volvía de despedir á su compañero de paseo. Detúvole el maestro para preguntarle qué camino debíamos tomar, y para presentarme á él según teníamos convenido. La presentación era ya tardía, sin embargo de lo cual el anciano y venerable abad la admitió bondadoso dirigiéndome un lacónico y afable ofrecimiento, y en cuanto al consejo sobre el camino, supongo que le dijo al maestro todo lo preciso.—Proseguimos nuestra subida sin obstáculos por algunos minutos; pero á poco el sendero se hizo tan dificultoso é intratable, que mi guía empezó á titubear; sus paradas continuas, sus preguntas, á mí que en la vida había pisado aquel terreno, sus avisos para que anduviese con cuidado, todo me dió á conocer que no sabía por dónde me llevaba, y que se había enterado mal de la dirección que le marcó el cura. La noche había cerrado: no era del todo oscura, ni tampoco clara: estábamos ya fuera de sendero y en pleno peñascal: yo no veía por dónde pisaba; pedruscos enormes me obstruían el paso, golpeándome con ellos las espinillas, y con harta frecuencia tras el lastrón que me obligaba á un difícil tranco, como si fuera peldaño de gigantesca escalera, venía un profundo hoyo que amenazaba engullirme vivo. Entre el temor de no poder salir de tan mal paso y el cansancio producido por mi poca costumbre de andar por terreno inculto, me ví largo rato

en un estado de ánimo deplorable: parecíame imposible llegar al término de tan fatigosa peregrinación sin algún impensado auxilio, porque mi guía se había confesado vencido; él y yo nos habíamos sentado cabizbajos y mudos en una roca plana, cuya forma adivinábamos más que veíamos; yo me enjugaba el sudor que bañaba mi frente y mi cuello, y ya estaba increpando lleno de enojo á mi temerario conductor y motejándole de mal maestro que se entrometía á enseñar á los demás lo que él no sabía, cuando unas voces infantiles que partían de lo alto vinieron de repente á hacernos entender que no nos hallábamos solos en aquel desierto. Daba las voces un muchacho, el cual las lanzaba á la ventura preguntando si había álguien visto un cordero que por el monte abajo se le había perdido. Respondímosle, llamámosle, hicímosle bajar hacia donde estábamos; y entonces supimos con grata sorpresa que la senda que debimos haber tomado se hallaba á pocos pasos de distancia, y que para llegar á la cima donde está el santuario no teníamos ya apenas nada que andar. De allí á poco, en efecto, empezamos á oír ladridos de perros y voces y risas de gente reunida en la explanada donde descuella la ermita.

Mi presentación al capellán D. Esteban Acedo, hombre joven y corpulento, afable y en extremo simpático, fué *incorrecta* á no poder más: sin preceder el menor aviso, mi cochero le embocó mi maleta y mi capa y se volvió al pueblo; el buen eclesiástico comprendió que algún obstáculo inesperado había motivado el retraso del dueño de aquellos efectos, pero no se imaginaba que éste hubiera de plantarse en la explanada de la ermita viniendo con secretas inteligencias por un escabroso atajo, como sitiador que toma por asalto una trinchera. En cuanto reconoció al pedagogo de Mués, D. Valentín Zudaire, adivinó que habíamos andado extraviados, y le dió zumba por lo mal que había desempeñado conmigo su magisterio. Después de cambiar las frases de cortesía, de excusas por mi parte, y por la suya de bondadosa bienvenida, brindóme el digno capellán á pa-

sar á su habitación, convidando también al excelente D. Valentín á quedarse en el santuario aquella noche para que cenáramos los tres juntos. Dióle las gracias el maestro, y despidióse de nosotros para volverse en seguida á Mués por el camino que le era familiar, á fin de que no estuviesen con cuidado en su casa, y el señor Acedo y yo nos instalamos en la mesa de su cuarto de estudio, él para proseguir el rezo que había interrumpido y yo para consignar en mi libro de viaje el recuerdo de las peripecias del día.

La noche se pasó patriarcalmente: á una cena frugal, amenizada con exquisito *rancio*, siguió el coloquio de usanza al amor de la candela. Eramos cinco los interlocutores sentados en torno del hogar, el capellán, su tía y ama de llaves, su criada, un montaraz y criado llamado Jerónimo, y el inesperado viajero de Madrid; el cual por su parte agradeció mucho al diligente Jerónimo que, constituido en vestal másculo, avivase con frecuencia el fuego sagrado echando en él fajos de ramaje y sarmientos, porque la frescura de la montaña se le había metido en los huesos. Al coloquio siguieron el entornarse los párpados y el abrirse las bocas, aunque con cierto disimulo; y dándonos después las buenas noches, se fué cada mochuelo á su olivo.

Muy agradable efecto me causó la soberbia portada del santuario á la mañana siguiente, cuando un sol radiante hacía destacar sobre el limpio azul del cielo la elegante silueta de su berninésca mole. Este templo, tipo de gala arquitectónica del siglo xvii al estilo puesto de moda por los constructores que terminaron la basílica de San Pedro de Roma é hicieron su famosa *columnata*, su *baldaquino* y su *púlpito*, causa admiración cuando sólo se ven su portada, su inmenso atrio, y su regia escalinata en la silvestre cima de una montañuela de la Berrueza donde nadie se promete primores artísticos. —Compónese esta portada, como aquí ves, de un gigantesco arco, flanqueado de columnas corintias salomónicas y pilastras, sobrepuestas en dos órdenes. El arco, abocinado en su jambaje, y terminado en una semi-cúpula